

¿QUÉ ES UN PROFESOR UNIVERSITARIO? (NOTAS PARA UN ENSAYO)

WHO IS A UNIVERSITY PROFESSOR?
(NOTES FOR AN ESSAY)

PhD. Alfredo González Morales
Universidad Tecnológica Israel
algonzales@uisrael.edu.ec

Fecha de recepción: 24/04/2015
Fecha de aceptación: 13/06/2015

Resumen:

El contexto contemporáneo caracterizado por la globalización, el conocimiento, la información y las comunicaciones recaba de un cambio de paradigma en la universidad para lograr pertinencia, al ser consecuente con las nuevas exigencias de la realidad. En la universidad se ha de transitar de una enseñanza informativa hacia enseñanza formativa que centre su atención en el aprendizaje y la formación integral de los estudiantes. De ahí que el profesor universitario como director del proceso de enseñanza-aprendizaje tenga que adecuarse a esas nuevas demandas. El presente artículo tiene como finalidad reflexionar sobre qué es un profesor universitario, los ámbitos de su formación y como estos se relacionan con el contexto contemporáneo. A partir de la bibliografía consultada, investigaciones realizadas por el autor y su propia experiencia se señalan que los ámbitos de la formación del profesor son: formación cultural amplia, reconocimiento en su área del conocimiento y preparación pedagógico-didáctica.

Palabras claves: Profesor universitario, perfil del profesor universitario, formación profesional, pedagogía universitaria



Abstract:

The contemporary context, characterized by globalization, knowledge, information, and communication, collects a paradigm shift in the university to achieve relevance, to be consistent with the new demands of reality. In college, we must move from an informative teaching towards education training to focus attention on learning, and the integral formation of students. Hence, the university professor and director of the teaching-learning process has to adapt to these new demands. This article aims to reflect on what a university professor is, the fields of training, and how these relate to the contemporary context. From the literature, research conducted by the author, and his own experience shows that the areas of teacher training are: broad cultural training, recognition in the area of knowledge, and pedagogical-didactic preparation.

Keywords: Professor, the university professor profile, professional education, vocational education.

Introducción

La universidad cobra cada vez más importancia como agente dinamizador del desarrollo. Si en determinados momentos fue una institución de atesoramiento y divulgación de la cultura, en el contexto contemporáneo –signando por la globalización neoliberal, el conocimiento y la información- la sociedad le exige cada vez más que sea agente activo en el avance científico-social y así contribuya al desarrollo.

Dentro de estas coordenadas el rol del profesor universitario requiere una readecuación. Nos encontramos en presencia de una marcada atención en la delineación de su perfil y de las competencias que este debe poseer para dar respuesta a los nuevos desafíos a los que se enfrenta la universidad.

En el presente ensayo nos proponemos ofrecer algunas consideraciones sobre lo que debe ser un profesor universitario en la contemporaneidad. Nos hemos basado en la bibliografía existente, en investigaciones previas que hemos dirigido y en nuestra experiencia personal.

La universidad y sus profesores

El profesor universitario es una figura con alto reconocimiento en la sociedad; según el imaginario popular constituye una profesión prestigiosa a la que se llega por una sólida formación y a la que tienen acceso los más capaces. Combinar desempeños de políticos, empresariales o de servidores públicos con la de profesor universitario ha sido una práctica histórica con la que se ha pretendido lograr un realce personal, obtener una patente de presentación en los distintos niveles de estructuración social.

Una universidad son sus profesores, los que la prestigian y consolidan en el tiempo con su calidad académica y científica; por ellos la universidad es fortalecida y por ellos los estudiantes optan –comúnmente- por ingresar a la institución, al saber que allí encontrarán la excelencia de un corpus docente que los formará convenientemente para el ejercicio profesional, científico y humano.

Los ranking mundiales de universidades –los muy cuestionables y los no tan cuestionables - se centran en la figura de los profesores, en sus investigaciones, publicaciones, premios, desempeño pedagógico; es decir, el



profesor como la imagen universitaria, su eje vertebrador, sin los cuales esta puede permanecer en el anonimato más absoluto, o por el contrario, alcanzar visibilidad mundial.

Claro que no basta con tener investigaciones y publicaciones de relevancia. Por su naturaleza misma el profesor universitario posee una doble especialización que lo hace particular en el campo profesional; es un especialista en la rama de conocimiento en la que se formó y explica y, además, en la pedagogía universitaria. Las dos especializaciones se hibridan y deben funcionar armónicamente, solo así se alcanza encausarse hacia lo que es un profesor universitario: cultura amplia, conocimiento profundo en el campo de su especialidad y dominio pedagógico-didáctico de ese campo que le facilita desempeñarse en la formación de nuevos profesionales.

Una exigencia a la universidad en todos los tiempos ha sido el de la pertinencia, la medida en que responde a las necesidades y exigencias sociales y de desarrollo en un momento histórico. Por eso, la universidad ha tenido que irse transformando, no puede mantenerse estática porque de lo contrario se anula su rol de agente transformador, pudiendo quedarse como una institución anquilosada, encerrada en sus propios muros, sin incidencia social. Las funciones de la universidad –docencia, investigación y extensión– perduran, pero su contenido y el cómo llevarlas a la práctica a través de los distintos procesos varían en correspondencia con lo que la sociedad y el desarrollo científico-técnico le demanda.

De ahí que el perfil del profesor universitario también deba experimentar transformaciones; no es lo mismo formar a un profesional para la sociedad industrial de mediados del siglo XX que para la sociedad del conocimiento en la segunda década del siglo XXI. Si la universidad se empeña en ser pertinente, pero sus profesores continúan aferrados a la tradición, entonces lo más probable es que naufraguen sus propósitos. No basta con trazar políticas universitarias, las cuales siempre tienen –de una u otra forma– en el profesor su agente dinamizador, si estos en sus concepciones y comportamientos persisten aferrados en reproducir procedimientos acuñados por la tradición y con los cuales él mismo fue formado. La venerabilidad de la tradición requiere ser repensada y atemperada a las circunstancias.

Estas ideas no son desconocidas ni minimizadas su importancia por los organismos que trazan las macropolíticas de la educación superior. A tenor con ellas se incrementan los estudios sobre las competencias que debe poseer un profesor universitario para asumir un desempeño de calidad en el contexto actual. Tal vez como nunca se observe un empeño en precisar científicamente el perfil del profesor universitario; concurre conciencia de que el camino para lograr una universidad proactiva debe ser transitado por un profesor renovado (Torrado, 1997; Cáceres et al., 2001; Braslavsky, 1999; Marcelo, 1999, 2002; Pichardo, 2002; Fernández, 2003; Marín Díaz, 2004; Castellanos, 2005; González Morales, 2006; Bojorquez, 2007; Fernández, B. y M. Valdivieso, 2007; Proyecto Alfa Tuning de América Latina, 2004-2007; Zabalza, 2007; Tobón, 2010; Tejeda y Sánchez, 2010).

En apretada síntesis podemos señalar que en el contexto actual el perfil de un profesor universitario debe caracterizarse por poseer: formación cultural amplia, reconocimiento en su área del conocimiento y tener preparación pedagógico-didáctica demostrada en su desempeño.

Ámbitos de la formación de un profesor universitario

Formación cultural amplia

La universidad por su esencia es un espacio de discusión, intercambio y debate, tanto de los problemas específicos de un área del conocimiento o profesional, como de la sociedad en general, y los profesores no deben ser ajenos a los mismos, sino que deben propiciarlos y participar.

La universidad más que un campo profesionalizante, entendido como conocimientos y habilidades en un área profesional, es, además, un espacio de intercambio cultural y de formación multispectral. A ella no se asiste únicamente en busca de preparación en una profesión, también se asiste en busca de una preparación más amplia que permita la inserción y participación activa en el mundo.

El profesor universitario ha de poseer una formación cultural¹ que le facilite esa incidencia en el estudiantado. Preguntas como ¿Cuánto tiempo destino a la preparación cultural? ¿Cuán actualizado estoy en los problemas del mundo de hoy? ¿Cuántos textos de cultura general leo?, deben hacérselas un profesor universitario. En este sentido Neira Fernández (---) nos precisa acertadamente: “Si se quiere transmitir la ciencia, la cultura amplia, la especialización, uno como docente tiene que estar imbuido de ellas. El atractivo del prestigio personal permite influir positivamente sobre las personas de los universitarios y servir de modelo de identificación para los futuros profesionales”. Un profesor es un formador, lo que implica incidir en la personalidad integral de sus alumnos y no en determinados segmentos.

Cuando un profesor revisa los sitios informativos y culturales del internet o lee un libro no propio de su especialidad, debe entenderse como una de las maneras de preparación personal para el ejercicio docente y nunca como un desvío de su actividad. Si bien los estudiantes estiman al profesor reconocido en su campo académico y profesional, valoran mucho más aun los que unido a lo anterior, tienden a lo enciclopédico, a la acumulación de saberes, por su posibilidad de movimiento en distintos campos culturales y pueden insertarse en aquellas cuestiones que les preocupan.

En la universidad donde estudié había un profesor de Gramática que era como el símbolo del Departamento de Lengua y Literatura. Los que teníamos inclinación por las letras, se les acrecentaba al saber de que si entrá-

1 La formación es un proceso que abarca a la personalidad en su integridad, comprende tanto lo cognitivo-instrumental como lo afectivo motivacional y volitivo, traducido en comportamientos. Ella constituye un crecimiento en profundidad que se realiza en el tiempo y no en segmento reducido de la vida, y esa realización es, además, el resultado de la conjugación de individual y lo colectivo; no se da en el aislamiento sino en la interacción social. Las dimensiones de la formación integral son la espiritual (ser), la cognitiva (saber), la socioafectiva (sentir), la técnico-profesional (saber hacer) y la comunicativa (saber expresarse). (González A. (2006). La universidad renovada, pp 92-93)



bamos a estudiar esta especialidad lo tendríamos como profesor; ante cualquier dilema con otra especialidad a estudiar, él constituía el elemento decisor. Las expectativas de sus alumnos nunca fueron defraudadas; en sus clases no solo se aprendía Gramática –y se aprendía muy bien–, sino que se desarrollaba el espíritu científico y se nos apropiaba de herramientas para asumir la vida en su integridad. Los recesos se convertían en verdaderas tertulias en las que se discutía de los más variados temas: cine, literatura, política, economía; en fin, todo lo que a los jóvenes nos interesaba. Los encuentros con él fueron el pivote que nos puso en contacto con lo mejor de la cultura y, también, fuente de robustecimiento personal. Aún, a más de 40 años, los que fuimos sus alumnos lo recordamos y sabemos que en muchas de nuestras actuaciones en la vida personal y profesional, se encuentra su huella.

Sirva el ejemplo que antecede para ilustrar lo que a nuestro entender es un profesor universitario con amplia cultura universal y cómo puede incidir en sus alumnos.

Reconocimiento en su área del conocimiento

Un profesor universitario no es un recitador de los que otros han investigado en su campo del conocimiento. Y si bien tiene que estar al día en las tendencias del desarrollo científico de su especialidad y llevárselo a sus alumnos, también deberá demostrar una postura crítico-reflexiva ante las mismas, dando sus puntos de vista, contrastando y asumiendo posiciones. La educación universitaria requiere del debate, del cuestionamiento, de valoraciones personales, lo cual no lo puede hacer un simple expositor de lo que otros han expresado.

Cada vez resulta más complicado encontrarse al día del desarrollo de la ciencia debido a su desarrollo exponencial; sin embargo, para un profesor universitario tal aspiración no puede desecharse, porque de lo contrario el ejercicio docente carecería de pertinencia, deviene de ahí una de las grandes responsabilidades y –digamos también– de sus “sacrificios”, porque esa actualización diaria recaba de darle un orden prioritario dentro de otras actividades que la vida nos pide.

Pero no es solo actualización en el desarrollo científico, sino también que el profesor universitario ha de caracterizarse por ser productor de conocimientos mediante su actividad investigativa. Para ser un especialista de alto nivel, como lo requieren las exigencias universitarias, resulta insuficiente acumular el conocimiento que otros han obtenido, sino que es necesario obtenerlos por medio de la investigación. Cuando se revisan muchos de los aportes que continuamente se hacen a la ciencia, observaremos que ellos son alcanzados de manera significativa por profesores universitarios. En este sentido Marín Díaz (2004) precisa que “Este siglo XXI está conociendo un crecimiento económico, social y educativo sin precedentes, donde la figura del docente universitario juega un papel importante, sobre todo en la producción de saberes y de formas de hacer el conocimiento”.

Una universidad se ranquea científicamente cuando tiene docentes investigadores que alcanzan resultados. Son estos resultados lo que permiten tener publicaciones en revistas indexadas en las bases de datos más impor-

tantes; sin investigación es imposible tener publicaciones reconocidas. Los resultados de las investigaciones permiten también su socialización en congresos de primer nivel y el intercambio con los especialistas de diferentes latitudes. Es decir, la investigación científica es una vía fundamental de formación del profesor, a la vez que constituye la principal vía de visibilidad universitaria.

Docencia e investigación constituyen un binomio inseparable para el profesor universitario, se ubican en su naturaleza misma. La investigación permite no solo ofrecer resultados científicos, sino también adentrarse en la esencia de su área del conocimiento, en ejercitarse en su epistemología y así encontrarse en condiciones de preparar con mayor calidad a los nuevos profesionales. Pero a la vez hay que considerar la investigación como una de las formas de docencia universitaria; el profesor no investigará separadamente de sus alumnos, sino que los incluirá y los hará coparticipes de sus proyectos. Esta es una de las formas de desarrollar la competencia investigativa, una de las básicas que debe profesional de nuestros tiempos. Cuando se logra conjugar la docencia e investigación de esta manera, se logra asimismo alcanzar reconocimiento por parte de sus alumnos y de la sociedad por la calidad del profesional que le ha entregado.

Preparación pedagógico-didáctica²

En la Conferencia Mundial de Educación superior, celebrada en París en 1998, se trazó la política para la educación superior en los siguientes 20 años. En el Informe final se señala: “Un elemento esencial para las instituciones de enseñanza superior es una enérgica política de formación personal. Se deberían establecer directrices claras sobre los docentes de la educación superior, que deberían ocuparse sobre todo, hoy en día, de enseñar a los alumnos a prender y a tomar iniciativas, y no ser únicamente, pozos de ciencia. Deberían tomarse medidas adecuadas en materia de investigación, así como de actualización y mejora de sus competencias pedagógicas mediante programas adecuados de formación del personal, que estimulen la innovación permanente en los planes de estudio y los métodos de enseñanza y aprendizaje...” (p.26)

Como puede apreciarse la Conferencia de la UNESCO al trazar las directrices de las macropolíticas de la educación superior enfatiza en la formación pedagógica del docente. Alude a cómo es necesario el cambio de paradigma, transitar hacia a una enseñanza más centrada en el estudiante, atemperada a las nuevas realidades.

2 La pedagogía es la ciencia de la educación y su objeto es la formación del hombre. En la universidad su ubican dentro de lo pedagógico la gestión de la vinculación de la institución con la sociedad, de los procesos administrativos, de la investigación científica y curricular, así como la evaluación institucional, las actividades deportivas y culturales. Por su parte, la didáctica es la rama de la pedagogía que tiene como objeto el proceso de enseñanza-aprendizaje dirigido a resolver la problemática que se le plantea a la escuela: la preparación del hombre para la vida y cuya función es la de formar al hombre pero de un modo sistémico y eficiente. Sus componentes son: objetivos, contenidos, formas de organización, medios y evaluación.



Asimismo destaca que este tránsito no puede ser espontáneo, sino que por el contrario deben tomarse medidas que lo garantice. Se puede ser un gran especialista en determinado campo del saber, pero no un buen profesor: se requiere ser ambas cosas a la vez.

Siempre la formación pedagógico didáctica ha sido una exigencia del profesor universitario –también no siempre estimada en toda su magnitud–, pero en la actualidad adquiere mayor relevancia debido las particularidades contextuales, las cuales, grosso modo, pueden sintetizarse en sociedad del conocimiento y de la información y un mundo globalizado.

Sociedad del conocimiento implica, entre otros aspectos, que el conocimiento se incrementa geométricamente; su primera duplicación contado desde el inicio de la era cristiana demoró 1750 años, luego duplicó su volumen cada 150 y después cada 50, actualmente se produce cada 5 años, y se espera que para el 2020 será cada 73 días (Appleberry, citado por Turnemann). Esto acarrea que el conocimiento caduque con premura, lo que ayer fue una verdad no lo tiene que ser mañana. Anteriormente se estudiaba una vez para trabajar toda la vida, mientras que en el presente hay que estudiar toda la vida para poder trabajar toda la vida. En el plano de la enseñanza se requiere entonces transitar de la mera información, depositaria de saber, a la formación en la gestión del conocimiento.

Ante el incremento acelerado del conocimiento resulta imposible que el hoy estudiante una vez profesional tenga constantemente que regresar a la universidad para actualizarse en los nuevos avances de su ciencia y de su aplicación al desempeño laboral, porque lo aprendido anteriormente ya no le es suficiente. De ahí que en las clases universitarias haya que dar prioridad a cómo autogestionar el conocimiento, apropiarse de los nuevos progresos científicos-tecnológicos y las vías metodológicas para su viabilización en la práctica, apoyados en un uso eficiente de las tecnologías de la información y las comunicaciones.

Para un profesor es más cómodo enseñar informando que enseñar en la formación autogestionadora de conocimientos, la primera posición se sitúa en él; mientras que la segunda, en el alumno, en lo que se desea que este alcance. En la posición informativa lo importante radica en el caudal de conocimientos que atesora y trasmite el profesor; mientras que la autogestionadora el proceso de enseñanza aprendizaje es más integrativo entre sus agentes al tener en consideración tanto lo que conoce, diseña y orienta el profesor, como al estudiante y al colectivo dentro del cual se inserta.

Un profesor universitario –¿solo el universitario?– ha de trabajar mucho antes de la actividad docente que en la propia actividad: centrar su actuación en guiar, orientar en lo epistemológico, para lo cual ha de diseñar cuidadosamente las estrategias didácticas a seguir con la finalidad de que el estudiante sea el protagonista de su propio aprendizaje, “se trata de desarrollar el talento humano, (y) este valor jamás se alcanzará con una educación trasmisionista, memorística y repetitiva” (León Guerrero, 2004)

La sociedad del conocimiento lo es también de la información y la comunicación, la una implica la otra. Como nunca antes en la historia de la humanidad se dispone de tanta información y de comunicación rápida de la mis-

ma, lo que no quiere decir exactamente de conocimiento³. La red de redes se encuentra saturada información indiscriminada en la que cohabitan junto a lo científico, razonable y auténtico, lo banal, espurio y tendencioso en su grado extremo; frente a esa realidad se impone el saber orientarse, en segregar lo valioso de lo que no es lo es.

Por eso el ejercicio de la lectura crítica con su posición crítico-reflexiva ante lo que se lee, la identificación de dónde viene el mensaje y el mundo al que se apela, así como la contratación de información con otras fuentes, resulta indispensable. La falsa creencia del siempre apego a la verdad de los textos científicos, de su objetividad y verificabilidad es cuestionable, porque detrás de muchos resultados se encuentra la subjetividad humana, su manipulación y la proclividad a responder a intereses extracientíficos. El caos informativo es incompatible con la receptación mansa de los mensajes, en su lugar ha de existir un estado de alerta, de confrontación y cuestionamiento que permita la asunción de posiciones fundamentadas.

Por otro lado, no se puede olvidar que vivimos en un mundo globalizado y que si bien esta en su sentido prístino es positiva en tanto implica comunicación, intercambio, interconexión entre los pueblos, lo que impera en el presente es su vertiente más negativa: la neoliberal, que estipula el dominio del mundo por el mercado. La globalización, en vez acercamientos y solidaridad ha traído como consecuencias mayor polaridad entre ricos-pobres y norte-sur, deterioro creciente del medio ambiente y un acrecentamiento de la falta de valores en la sociedad. En este laberinto, en ocasiones, el hombre se anula y llega a perderse, para dar prioridad a “cosas materiales” que lo suplen y se convierten en el motivo de muchas de actuaciones.

La actividad docente en la universidad debe, conjuntamente con lo expresado anteriormente, orientarse a educar en valores. Poco o nada puede reportar a la sociedad un profesional con conocimientos teóricos-metodológicos y habilidades para llevarlos a la práctica, si estos no se encuentran en función del bienestar del hombre, en su realización plena y la conformación de un mundo de paz. Si realizamos un análisis del contexto mundial y los grandes problemas que lo aquejan, observaremos que lo que subyace, lo que se encuentra en su base, es la falta de valores que hacen proliferar el egoísmo, la irresponsabilidad y la exclusión, a la vez que la ciencia tiende a ponerse en función de intereses particulares y mezquinos.

La educación neoliberal no insiste en la educación en valores porque le resulta contraria a sus propósitos, su intención es crear un hombre “universal” desprovisto de identidad y al servicio del mercado; mientras que la educación humanista proclamada por la UNESCO y los organismos y personalidades progresistas insisten en la preservación, reforzamiento y difusión de las culturas nacionales, regionales, internacionales e históricas, así como a la contribución a la protección de los valores de la sociedad; en afianzar la identidad cultural; en construir una sociedad más justa basada en el conocimiento (UNESCO, 1998; Mayorga, 1999)

3 El conocimiento parte de la información, pero hasta que esta no permite actuar, tomar decisiones, no se convierte en conocimiento.



¿Cómo lograr lo anterior desde el proceso formativo? Esta es una de las exigencias pedagógico didácticas a las que se enfrentan los profesores universitarios de hoy. Las vías para satisfacerlas recaban del constante ejercicio de la comunicación profesor-estudiante, una comunicación entendida como intercambio reflexivo, de situarse en lugar en lugar del otro, del debate y la cooperación mutua, donde se abogue por la conformación de una comunidad de aprendizaje en la que se atienda a todas las veces y se trabaje por el bien común.

En el proceso de enseñanza aprendizaje universitario hay que desterrar la idea de que solo la autoridad del docente radica en sus títulos y aportes a la ciencia, de que él es el que sabe y los estudiantes son meros depositarios de esa saber, lo que llamaba Paulo Freire “educación bancaria”. La autoridad profesoral se contribuye a ganar día a día en la actividad docente, con tacto pedagógico, en la empatía que establezca con los estudiantes, donde todos se sientan estimulados y nunca dañados, en la calidad humana, sin que lo anterior implique desdén del rigor que caracteriza la educación universitaria.

Nunca puede olvidarse que el aprendizaje se da en la actividad, el colectivo y en la comunicación. Pueden diseñarse excelentes currículos y dentro de estos los programas y syllabus –según los formatos establecidos–, pero si bien estos son importantes porque expresan las intencionalidades, lo que se desea obtener, ellos de por sí no certifican calidad en los aprendizajes. Es posible que existan para un momento los mejores currículos, programas y syllabus según las exigencias sociales y científicas; sin embargo, su puesta en acción por los docentes es lo concluyente.

En el ámbito pedagógico-didáctico debe tenerse en consideración que los profesores universitarios se van formando en el propio ejercicio docente, mientras que para los niveles de enseñanza precedentes los profesores se forman como tal para desempeñar esa profesión en instituciones especializadas. Ahora bien, no puede pensarse que profesor universitario es cualquier sujeto que tenga conocimientos de un área específica, y al tenerlos de por sí está en condiciones de enseñarlos. La pedagogía es una ciencia con sus leyes, principios y categorías, es una ciencia práctica basada en fundamentos. Sustentado en lo anterior el profesor hace suyo el acto docente, innovando, creando, por eso la pedagogía tienen también de arte. De manera que, y según lo expresado en la Conferencia mundial de educación superior, se requiere de una formación pedagógica didáctica durante el propio ejercicio profesional, pero intencionada, no dejada a la libre espontaneidad.

Hasta aquí hemos realizado un perfil del docente universitario sintetizado en tres ámbitos; mas cabría preguntarse en qué medida el grueso la realidad existente hoy en las instituciones se corresponde con ese perfil. No puede negarse que se aprecia una tendencia creciente a plasmar en las políticas universitarias en los distintos niveles estas aspiraciones y del incremento de los estudios relacionados con lo que debe un profesor universitario, así como orientaciones sobre cómo lograrlo en la práctica. Sin embargo, estimamos que aún es insuficiente y que los distintos ámbitos no son asumidos con el mismo peso. La prioridad está dada, por lo general, en la formación profesionalizante, en detrimento de las otras, trayendo como colofón un docente incompleto y por consiguiente dirigiendo un proceso de formación también incompleto.

CONCLUSIONES

Una de las exigencias de la universidad contemporánea es vincularse cada vez más con la sociedad para así alcanzar un alto nivel de pertinencia. En un contexto dinámico, competitivo y globalizado, donde el conocimiento ha pasado a ser la mayor riqueza de la humanidad, la sociedad recaba que la universidad no se mantenga solo como depositaria del saber y aporte activamente al desarrollo.

Los profesores, como fuerza motriz de las universidades, son los encargados principales de lograr la pertinencia, por lo que se les imponen nuevos retos en su formación y actuación profesional. Ellos son los encargados de la visibilidad de la universidad en el plano científico-profesional, para lo cual han de potenciar la investigación científica, transitar de una enseñanza informativa hacia una formativa y formar profesionales competentes.

El logro de las competencias del profesor universitario ha de manifestarse en tres ámbitos: amplia formación cultural, sólida formación en el campo de su profesión y preparación pedagógico-didáctica. Estos ámbitos se han de manifestar de manera integrada en el desempeño profesional y en correspondencia con el contexto universal, regional y local.



BIBLIOGRAFÍA

Braslavsky, C. (1999). Bases, orientaciones y criterios para el diseño de programas de formación de profesores. *Revista Iberoamericana de Educación*, (19), 13-50.

Cáceres, M. (2001). La formación pedagógica de los profesores universitarios. Una propuesta necesaria. Recuperado de: <http://www.rieoei.org/deloslectores/475Caceres.pdf>

Castellanos, B. et. all. (2005). Esquema conceptual, referencial y operativo sobre la investigación educativa. La Habana: Editorial Pueblo y Educación.

Fernández, B. y Valdivieso, M. (2007). El currículo y las competencias investigativas. Caracas: UPEL-IPC.

Fernández, R. (2003). Competencias profesionales del docente en la sociedad del siglo XXI. *Organización y Gestión Educativa*, (1). Recuperado de: http://www.oge.net/ver_pdf.asp?idArt=6933

González Morales, A. (2006). La Universidad renovada. Arequipa, Perú: Editorial UNSA.

León Guerrero, G. (2004). La educación en el contexto de la globalización. *Revista Historia de la educación Latinoamericana*. (6), 343-354.

Mayorga, R. (1999). Los desafíos de la universidad latinoamericana en el siglo XXI. *Revista Iberoamericana de educación*. (21). Recuperado de: <http://www.rieoei.org/rie21a02.html>

Marcelo, C. (1995). Formación del profesorado para el cambio educativo. Barcelona: EUB.

_____ (1999). La Formación de los formadores como espacio de trabajo e investigación: dos ejemplos. *XXI Revista de Educación*, (1), 33-57. Recuperado de: <http://prometeo.cica.es/idea>

_____ (1999). Estudio sobre estrategias de inserción profesional en Europa. Recuperado de: [Http://prometeo.cica.es/idea](http://prometeo.cica.es/idea)

_____ (2002). La formación inicial y permanente de los educadores. En: Consejo Escolar del estado. Los educadores en la sociedad del siglo xxi, Madrid, Ministerio de educación, cultura y deporte. 161-194. Recuperado de: <http://prometeo.us.es>

Marín Díaz, V. (2004). El conocimiento y la formación del profesorado. Recuperado de: http://rabida.uhu.es/dspace/bitstream/handle/10272/6646/Conocimiento_y_formacion_profesorado.pdf?sequence=2,

Peña Calvo, J. (s/f). Desarrollo profesional del docente universitario. Recuperado de: http://www.ub.edu/histodidactica/index.php?option=com_content&view=article&id=60:desarrollo-profesional-del-docente-universitario&catid=15&Itemid=103

Pichardo, O. (2002). Pedagogía informacional: enseñar a aprender en la sociedad del conocimiento, El Salvador. Universidad Francisco Gavidia.

UNESCO (1998). Declaración Mundial sobre la Educación Superior en el siglo XXI: Visión y Acción. Education UNESCO. Recuperado de:

<http://www.education.unesco.org/educprog/wch/presentation.htm>.

Tejeda, J. y Sánchez, P. (2010). Acerca de las competencias profesionales. Revista Herramientas, (56), 20-30). Recuperado de: pemarques.pangea.org/dioe/competencias.pdf

Tobón, S., Pimienta, J. y García, J. (2010). Secuencias didácticas. Aprendizaje y evaluación por competencias. México: PEARSON EDUCACIÓN.

Torrado, M. C. (1999). El desarrollo de las competencias: una propuesta para la educación colombiana. Memorias del Taller sobre Evaluación de Competencias Básicas, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Tünnermann, B. C. (2003). La universidad latinoamericana ante los retos del siglo XXI. Editorial Colección UDUAL.

Zalbalza, M. (2007). Competencias docentes del profesor. Calidad y desarrollo profesional. España: Ediciones Narcea.